

FILIBERTO MONTAGUD y LUIS DE DIEGO

LOS CELOS DE AMPARO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original



Copyright, by F. Montagud y L. de Diego, 1911

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Núñez de Balboa, 12

1911

LOS CELOS DE AMPARO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS CELOS DE AMPARO

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

FILIBERTO MONTAGUD y LUIS DE DIEGO

Estrenado con extraordinario éxito en el COLISEO IMPERIAL la noche de
9 de Junio de 1911



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

—
1911

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

AMPARO (25 años)..... ..	SRTA. VILLAR.
CEFERINA (52 íd.)..... ..	SRA. SANTONCHA.
RAMONA (22 íd.)..... ..	SRTA. MUÑOZ.
DOÑA DEOGRACIAS (60 íd.)..... ..	SRA. ESPEJO.
SABINA (19 íd.)..... ..	SRTA. VALLEJO.
DON ATILANO (65 íd.)..... ..	SR. ESPEJO.
FEDERICO (30 íd.)..... ..	SOTO.
PERFECTO PERFECTO (32 íd.)..... ..	AGUIRRE.
FERNANDO (65 íd.)..... ..	ISBERT.

Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO UNICO

Gabinete recibimiento con cierto lujo. Puerta en el foro izquierda que da á un corredor en donde estará la puerta de la escalera, visible para el espectador. En la derecha dos puertas, la de primer término, comunica con el despacho, la de segundo término es de un cuarto ropero. En la izquierda un balcón, que juega. En el foro un armario ó secretaire, varias sillas, una mesita con periódicos y revistas. Son las doce menos cuarto. Este detalle es muy interesante, para lo cual puede haber un reloj en cualquier parte. Es un piso bajo.

ESCENA PRIMERA

AMPARO y FEDERICO. Este se estará arreglando la corbata, luego coge su sombrero y lo cepilla con una calma «chicha». Amparo está que trina. Puede estar sentada, si es que así trina mejor.

- Amp. ¡Eres un canalla!
Fed. ¡Por Dios, Amparo, cállate!
Amp. No quiero, no quiero; ¡qué desgraciada soy!
Fed. Pero atiende á razones...
Amp. Eres un mal esposo, un...
Fed. (Se va molestando nuestro hombre.) Fíjate en lo que dices y á quien se lo dices...
Amp. A ti, á mi marido... es decir, á usted. ¡Qué desgraciada soy!... Viene á ponerse otra corbata y otros puños...
Fed. ¡Oh, sí, es una desgracia grande tener un marido limpio!
Amp. No es eso. Es que te acicalas porque vas á ver á esa...

- Fed. ¿Quién es esa?
- Amp. La otra.
- Fed. ¿En qué quedamos, cuál es?
- Amp. No lo sé. (Como amenazándole.) Pero lo sabré; ¿qué te has creído? (Cambiando de tono.) ¿A qué hueles?... ¿Ves? Tú llevas esencia... ¿Lo negarás?... (olfateándole.) Hueles á mujer... y á mujer bo... ni... ta... que es lo peor... (Lloriqueando.) hueles á ella... No, no lo puedes negar., ya ves como tengo pruebas. Claro, la comprarás de todo, esencias, trajes..., buena mesa... de todo, y á tu mujer palos y mala vida... agua clara y garbanzos ..
- Fed. Si quieres comeremos esencias... Pero, Amparo, (Con más paciencia que Job.) si es que vengo de la peluquería.
- Amp. ¡Ah! (Como una leona.) ¡Con que vas á la peluquería!
- Fed. ¿Pero dónde quieres que me corte el pelo?...
- Amp. No, don Federico, esto tiene que acabarse de una vez. Sí; tiene que acabarse. (Continúa lloriqueando.)
- Fed. (Que se le va acabando la paciencia.) Tienes razón. Estoy ya de tus celos completamente harto.
- Amp. ¡Todavía serás tú el mártir!... (Llora estrepitosamente.)
- Fed. (Apurando su paciencia.) Oye, Amparito, te juro... no te pongas así, escucha, te juro que solo te quiero á ti, que solo ..
- Amp. Solo te vas á quedar, porque yo me marcharé con mis tíos... ¡Ay!... ¡ay!... (No es que se queje. Son suspiros producidos por la amargura de su llanto.)
- Fed. (Al oír las doce.) ¡Y don Antonio esperandol ¡Ea, se acabó! No quieres escucharme, pues peor para ti. (se le acaba del todo la paciencia.) Me marcho porque tengo que irme y me adecento y acicalo porque no voy á ir hecho un sucio (Ya el hombre muy furioso.) y, en último caso, me voy porque me da la gana y vendré cuando me parezca. (Amparo se queda contemplando á su marido algo asustada, pues nunca le vió tan fuera de tono y se olvida de llorar. Federico que la observa, cambiando la inflexión de su voz, dice:) ¡Gracias á Dios que dejaste de llorar! Escucha...

- Amp.** No, si no es que lo haya dejado, es que descansaba. (Vuelve á llorar.)
- Fed.** (Desesperado.) ¡Vaya, que te diviertas! .. Esto es insufrible. (Hace mutis.)
- Amp.** ¡Ay, Dios mío! ¡Solo falta que me pegue! No, no puede ser... Esta tensión nerviosa es demasiada tensión para mí... El portero está en lo cierto, si fuera verdad lo que me ha dicho... si fuese verdad, me parecería poco el vitriolo como bebida usual. (Se dirige al fondo donde se supone está la puerta de la calle.) ¡Fernando!... ¡Fernando!
- Cef.** (Que es la portera contesta desde dentro.) ¡Qué hay, señorita!
- Amp.** Diga usted á Fernando que entre en seguida.
- Cef.** Mi querido esposo (Con mucho retintín.) no está en casa, señorita.
- Amp.** ¿No?

ESCENA II

AMPARO y CEFERINA

- Cef.** (Entrando. Es el prototipo de las porteras. Tiene sus cincuenta años cumplidos y arrestos más que suficientes para que su esposo tiemble en su presencia.) Como usted le tiene encargado que siga al señorito, pues se fué tras él.
- Amp.** Bueno. ¿No vino la nueva doncella?
- Cef.** No, señora. Quien estuvo aquí y no entró, porque yo le avisé que estaba don Federico, fué el de la Agencia de policía, volverá en seguida.
- Amp.** Dile que llame con los nudillos.
- Cef.** Está bien. (Hace que se va.)
- Amp.** ¡Ceferina! ¡Ceferina!
- Cef.** (Pero vuelve.) ¿Qué quiere usted?
- Amp.** Pues como no tenemos chica voy á hacer unas compras.
- Cef.** ¡Tan buena como era Sabina!
- Amp.** La despedí por eso. Demasiado buena para Federico.
- Cef.** ¡Jesús! ¿Usted cree que el señorito?..
- Amp.** Se miraban mucho. Yo ya no estaba tran-

quila. No podía fiarme de ella... Salgo, pero vuelvo en seguida. Quiero saberlo todo. Dicen que esa Agencia es de lo mejor para estos asuntos.

Cef. Tiene mucha fama. A doña Aniceta, la del boticario de la esquina, la descubrieron un lío que tenía su marido con una coupletista, y hasta la dijeron que él la había regalado un pantalón de dos cinturas too cuajao de encajes... lo averiguan too.

Amp. Eso es lo que me hace falta.

Cef. ¿Por qué serán así los hombres, señorita? ¡Qué de disgustos dan! Ya ve usted.. mi Fernando mismo con los años que tiene encima y lo visión que está, pues no deja una criada tranquila en too el barrio... Misté, en cierta ocasión, el catorce de Agosto del año pasao, le pillé ofreciendo medio kilo de dátiles, con una postura *barberisca* á la cocinera del principal. La decía, parece que le estoy oyendo: «Te traigo la flor de Jama-laja...» ¡Ja, jal... le dije yo, esa no se los come ..

Amp. ¿Se los comería usted?

Cef. ¡Ca! se los comió él, pero con hueso y tcdó. Yo, afortunadamente, me entero solita de las cosas.

Amp. Dichosa usted. Me reconozco inútil, no tengo ánimos más que para llorar.

Cef. De eso se ríen ellos. Yo no he llorao nunca. Pego. Da mejores resultados. ¿Recuerda usted aquella americana azul que le regaló el señorito á mi Fernando?

Amp. Sí. Por cierto, no se la he visto nunca puesta.

Cef. No se la puso más que una vez... Se fué un día, el ocho de Septiembre, con unos amigos y á las tantas de la madrugá, aparece mi cónyuge con tal *avinatación*, que yo, que no tenía sueño, empecé á palos con él y le estropée la vestimenta. Luego, claro, me dió lástima...

Amp. Le haría usted daño.

Cef. Una prenda tan bonita y que le sentaba tan bien... Desde entonces le pego siempre al acostarse. Bueno, señorita, que la portería

está sola. Cuando usted se vaya me da una voz. Hasta que venga la nueva chica ya sabe que estoy para todo lo que se le ocurra. Está bien, Ceferina.

Amp.

Cef.

Y no olvide lo de los golpes, es muy bueno.
(Mutis.)

ESCENA III

AMPARO sola, después FERNANDO, el portero, viejo madrileño, achulapado, y aunque no tiene nada del antiguo chispero, si «trae» una «chispa» bien señalada, sin llegar á perder el equilibrio; es su fiel compañera

Amp.

Por fin sabré la verdad de todo, sabré quien es ella. Sí, necesito pruebas, necesito convencerme para luego despreciarle y aborrecerle para siempre. Engañarme á mí, que le quiero con toda mi alma; falso más que falso... perjuro...

Fer.

(Detrás del balcón.) ¡Chist!... ¡Chist! ¡señorita!
(La borrachera casi no se le nota.)

Amp.

¿Quién?... ¿Ah, es usted, Fernando? Entre, entre en seguida... (Va á abrir la puerta y entrará Fernando muy respetuoso. Tiene que mentir y no sabe por dónde empezar.) Adelante. ¿Qué? ¿Sabe usted algo? ¿Se encontró con ella? ¿Quién era? ¿Rubia? ¿No? ¿Era morena? ¿Dónde fueron? ¿Les siguió usted? ¿Dónde están? (Fernando dice unas veces que sí, otras que no y otras mira atontado á Amparo.) ¡No! ¡Ah, ya! ¡Tomarían un coche! ¿En un café? Sí, un coche. ¡Malditos coches! (Fernando quiere contestar, pero la ligereza con que son formuladas las preguntas no le dan tiempo y menos á él que tiene que discurrir y lo hace tardíamente.) ¡Quién los inventaría!

Fer.

¡No lo sé! (Con mucha seriedad.)

Amp.

Si los coches no sirven más que para trapi-sondas. Si no va en ellos ni una sola persona decente.

Fer.

Ni una. Tiene usted razón. ¡Ni una!

Amp.

¡Qué desgraciada soy!

Fer.

(Impresionándose mucho.) ¡Qué desgraciados somos!

Amp.

¿Usted, por qué?

- Fer. Porque soy muy agradecido y me uno á su dolor.
- Amp. Pero... ¿subieron á un coche?
- Fer. No, no es que subieran á ningún coche... Es que verá usted. Al salir de casa, le seguí por *Amor de Dios*, cruzamos Atocha y nos metimos por la *Cabeza*; después de mucho andar él entró...
- Amp. ¿Dónde?
- Fer. En un estanco, y al salir encendió un pitillo; yo también; y fuimos uno detrás del otro á *Cenicero*. Yo iba casi junto á él y pasamos por *Dos Hermanas* y *Ave María*...
- Amp. ¿Qué pasó?
- Fer. Nada, no interrumpa, señorita, que pasamos por Avemaría y por otras calles más hasta la del Carmen y hacia el final, había tal lío de coches que me quedé en *Callao*... le perdí de vista. Por poco me tropieza una manuela al cruzar la plaza.
- Amp. Eres un torpe. Está visto que no me sirves.
- Fer. (Con malicia.) ¡Los años no pasan en balde! ¡No está uno para nada!
- Amp. Voy á prescindir de ti.
- Fer. No, señorita: eso no.
- Amp. Sí, porque siempre te sucede algo. Ahora lo de los coches y otras veces esa maldita costumbre... (Por la bebida.)
- Fer. No he tomado más que dos copitas... ¡palabra!... lo necesario para matar el gusanillo.
- Amp. Ahora vendrá de un momento á otro un empleado de esa Agencia que fuiste tú á llevar mi carta y es necesario darle noticias de todo. ¿Tú recuerdas bien las señas de aquella señora que viste hablando con él?
- Fer. (Cualquiera se acuerda de lo que dije.)
- Amp. Era alta...
- Fer. Sí, más bien alta que baja; era rubia.
- Amp. Me dijiste *morenaza*.
- Fer. (Con mucha seriedad.) Señorita, yo soy muy dicharachero... pero me parece que nunca me atreví con usted á tanto...
- Amp. Si fué por esa señora...
- Fer. ¡Ah!... sí.. morena, pero no muy morena.
- Amp. ¿Pues cómo era?
- Fer. No se apure, señorita, que yo le pondré al

tanto de todo á ese señor. (Han sonado unos golpecitos en la puerta.)

Amp.

¿Oyes?

Fer.

No.

Amp.

Parece que llamaron: sonaron unos golpes en la puerta.

Fer.

¿Golpes? Será mi mujer. (Se oyen con más insistencia.)

Amp.

¡Oyes!... ¡Es él!

Fer.

¿Quién?

Amp.

El de policía. El de la Seguridad personal.

Fer.

¿Con estas cosas no sufrirá mi seguridad personal?

Amp.

Anda, hombre, abre...

ESCENA IV

DICHOS y PERFECTO. Este personaje es, á ser posible, menudo de cuerpo, más listo que el propio Serlok-Holmes y con más viveza que una ardilla. Bigote á la borgoñona. Tipo basto

Fer.

Pase usted.

Per.

¿Da usted su permiso?

Amp.

Adelante.

Per.

¿Doña Amparo Carnicero?...

Amp.

Servidora.

Per.

Ya supondrá quien soy por lo de los nudillos, persona de confianza de don Antonio Avizor, director de la Seguridad personal, única en España con servicio especial de perros, este mismo, Jak. (Llamando á un perro que no ha traído) ¡Jak!... (Buscándole.) ¿Dónde estará?... sin duda se habrá quedado ocupado en algún asunto, pero no tardará en unirse á mí... Dedicado desde mi más tierna edad á la busca y captura de gente maleante, criminales, maridos engañosos, mujeres engañadas y amantes cariñosos. Señora, he descubierto mil y mil secretos, he evitado centenares de divorcios de reyes, embajadores, presidentes, secretarios de toda clase de sociedades... En la alta sociedad he visto cosas tan estupendas, tan verdaderamente asombrosas, que puede usted quedar completamente segura que hay coleccionistas

de colillas con mucha más vergüenza... He pillado *in fraganti* delito á múltiples caballeros de temperatura tan baja...

Amp.

¿Cómo?

Per.

Que eran *frescales*. Sé á lo que vengo y desde este momento, Perfecto Perfecto se pone incondicionalmente á su disposición en todo, por todo y para todo. (El hombre quiere demostrar sus aptitudes, su idoneidad en el asunto) Desde que entré en esta casa no se me ha escapado nada. El caballero (Por Fernando.) es su amante de usted.

Amp.

(Ofendida y con razon.) Señor mío: yo no tengo ningún amante. Este es el portero.

Per.

(Como si tal cosa.) Bueno, si empezamos á molestartos por pequeñeces, perdemos el tiempo.

Fer.

(Para su capote.) Este también mata el gusanillo seguramente.

Per.

Con amante me luzco más... ¡Cómo ha de ser! Entonces lo veo perfectamente, es su marido solo el que aquí engaña.

Amp.

El solo.

Per.

¿Conoce usted á la individua?

Amp.

¡Si yo la conociese no necesitaría de nadie! Me bastaba para arrancarla los ojos.

Per.

Advierto á la señora que la Agencia particular de policía tiene mucha pupila, pero no se compromete á sacar la de nadie. Quedamos, pues, en que no conoce usted á la amante de su esposo, ni yo tampoco, pero que la conoceremos pronto, no lo dude usted.

Fer.

(Cree que es á él.) No señor.

Amp.

Fernando es quien hace tres días la vió hablando con mi esposo.

Per.

(Precipitadamente.) Se indagará dónde está ese Fernando, y que quiera que no, nos dirá lo que sepa: recurriendo á medios violentos si fuera preciso.

Amp.

Si el Fernando de que hablo es éste, el portero.

Fer.

Que dirá todo lo que sepa, sin *nesecidad* de recurrir á medios violentos. (¡Rediez con la seguridad personal!)

Per.

¡Ah, bien, bien! Con pocos detalles tengo

suficiente. ¿Dónde vive esa mujer? ¿Sábelo usted, simpático Fernando?

Fer. (Un tanto amoscado.) No... no señor.

Per. Es un contratiempo, aunque baladí. Vengan detalles. (Saca un carnet de notas.) Es alta, baja, rica... pobre...

Amp. Verá usted. El otro día, por encargo mío, Fernando, el portero...

Per. Este señor. Lo he comprendido en seguida.

Amp. Siguió á mi esposo, le vió pararse por frente á San Ginés, durante un rato, fué á un limpia botas, después salió del limpia botas y volvió...

Per. ¡Ah! ¿Volvió? (Lo apunta.) Claro: se olvidaría alguna cosa, habría por lo tanto preocupación.

Amp. No. Volvió á San Ginés, (Perfecto borra de su carnet lo apuntado antes.) y en aquel momento una señora ni alta ni baja, que cojeaba un poco, morena...

Fer. No: morena precisamente, no...

Per. ¿Quizá fuese una castaña?

Fer. (Con seriedad.) Sí; señor. ¡Una castaña!

Amp. Con un traje oscuro.

Fer. Completamente oscuro y con sombrero.

Amp. Se acercó á él, se hablaron un momento y... dice Fernando que desaparecieron como por encanto.

Per. Desaparecieron. (Toma nota.) Misterioso, bien, muy bien... ¿qué más? Y de su fisonomía...

Fer. No se la pude ver, como llevaba uno de esos sombreros que parecen un barreño puesto *pa* abajo...

Amp. No sabemos más. Yo tengo un dato, que guardo como oro en paño. El otro día, al cepillarle la ropa, encontré un cabello largo, negro. Y ese se lo haré tragar...

Per. ¿Dónde está ese cabello?

Amp. Aquí. (Lo saca del armario y del papel en que le tiene envuelto.)

Per. (Comtemplándolo.) ¡Divinamente, es un dato precioso! Me lo guardo.

Amp. Ya he dicho que quiero hacérselo tragar.

Per. No. Ahora no me tome el cabello. Me servirá de confrontación. Al terminar mi cometido, se lo haremos tragar todo. (Se lo guar-

- da.) ¿Sabe usted algo más que pueda darnos luz?...
- Amp. Nada. Solo sé que me engaña.
- Per. ¿Y usted, avisado portero, sabe algún detalle, usted que ya la ha visto, puede decirnos algo?
- Fer. (A mí no me sacan ni pío.) Nada, no sé nada más.
- Per. Perfectamente. Ya está averiguado todo, ya estoy al cabo de la calle.
- Amp. ¿Sí?
- Per. Claro.
- Amp. Diga, diga.
- Per. Se trata de un señor, marido de usted, que engaña á su señora esposa, á usted. ¿El, dónde se halla?
- Amp. Dijo que iba á casa de don José Parción y Ambija.
- Per. Sé quién es y dónde vive. Director de la casa de Banca Suizo-Portuguesa. Por ahora tengo bastante. Dentro de una hora ó antes, daré detalles de mi cometido. Usted, señora, sabrá quién es la infeliz mujer que la roba la tranquilidad. Suyo afectísimo que le besa respetuosamente los dos pies, Perfecto Prefecto, agente particular de la «Seguridad personal.» Portero, abre la puerta. (Fernando así lo hace.)

ESCENA V

AMPARO, FERNANDO, luego CEFERINA

- Amp. Fernando, ya sabe usted su obligación, á seguir al señorito á todas partes. Ahora á casa del director de su oficina...
- Fer. Bueno.
- Amp. Tome una peseta por si le ocurre algo. Diga á Ceferina que haga el favor de entrar que voy á salir un instante.
- Fer. Gracias, muchísimas gracias, señorita. (Mutis de Fernando.)
- Amp. (Se pone un velo, que sacará del armario.) Volveré en seguida. Mientras tanto, Ceferina puede limpiar un poco todo esto...

- Cef. (Entrando.) Señorita, aquí estoy *pa* lo que guste. Mi Felisa se quedó al cuidao de la portería.
- Amp. Muy bien. Si viniese la nueva chica, que no debe tardar, la da usted las instrucciones necesarias, ya que conoce las costumbres de la casa. Se llama Ramona.
- Cef. Bueno. Limpiaré un poco este cuarto, si le parece.
- Amp. Me parece bien. Hasta luego. (Mutis.)

ESCENA VI

CEFERINA, luego RAMONA

- Cef. (Va á la cocina y vuelve al momento con escoba y zorros.) ¡Qué cosas pasan, Dios mío! Si un marido se tuerce, una casa está perdida. Y si una mujer se tuerce, perdida también. (Barre.) ¡Hombres! ¡Qué perros! Esto, lo de aquí, estoy viendo que acaba mal, pero muy mal, porque la pobre señorita Amparo está muy celosa, y con razón. A mí no me cabe duda que tiene razón. (Suena el timbre de la puerta.) Vamos á ver quién es. (Desde el foro, entrando con Ramona, el prototipo de las criadas de servir, algo achulado y bien trajeada.) No, no está. La señora me encargó que la *instruyere* una servidora. Soy la portera, ¿sabe usted?, y tiene la señora mucha confianza en mí. Estaba quitando el polvo á esto y dándole un barrido. Puede ayudarme y así acabamos antes. ¿Usted es de Madrid?
- Ram. No, señora. Pero llevo ya cinco años sirviendo en esta capital.
- Cef. ¿En la misma casa?
- Ram. No, señora. He servido en catorce casas. Ahora, en la última, estaba muy disgustada, porque la señorita, ¿sabe usted? tenía un primo, y á mí, bueno... no me gustan ciertas primadas; me tenían completamente harta... el primo era guapito y el señor estaba celoso... la señorita celosa... y yo también, total, que pudiendo estar todos tan contentos aquello era vivir en un infierno.

- Así es que me salí, y lo he sentido, porque á mí no me gusta cambiar de casa.
- Cef.** Claro. Con eso no se gana nada. En esta estará usted muy tranquila. La señorita es una santa, todos la queremos mucho. (Dan con los nudillos en la puerta.) ¿Parece que llaman?
- Ram.** No he oído nada. (Repiten más fuerte.)
- Cef.** Sí, ha sido con la mano. Voy á ver.
- Ram.** Iré yo. (Va á abrir la puerta.)

ESCENA VII

DICHAS y PERFECTO, luego FEDERICO

- Per.** Avise usted á la señora. (Anda por la escena como Pedro por su casa.)
- Cef.** La señorita salió hace un momento, pero estará al caer...
- Per.** (¡Demonio! Esto me hace perder un tiempo precioso.) (Se sienta.) (No debo preguntar nada al servicio, quizá fuera abrirles los ojos.)
- Ram.** (Continúa quitando el polvo y para sí.) Este debe ser el amo. Es bastante feo.
- Per.** (¿Cómo me iría sin preguntar por las señas particulares del marido, sin un retrato? ¿Qué podía hacer sin ese requisito? Nada. Lo que hago ahora.)
- Cef.** (Que quiere entablar conversación.) La señorita me dijo...
- Per.** (Que no quiere hablar.) Lo sé, lo sé...
- Cef.** ¡Bueno! (Sigue limpiando.)
- Ram.** (Sí, debe ser el señor.) (Cierta pausa durante la cual Ceferina y Ramona siguen limpiando sin perder de vista á Perfecto, cada una le observa por distinta causa, él no se percata de la fiscalización de que es objeto. En esto suena el timbre y Ceferina va á la puerta y después de mirar por el ventanillo vuelve con gran sobresalto.)
- Cef.** ¡Señor!... ¡señor!... ¡el señorito!!
- Ram.** (¿El señorito?)
- Per.** Esto sí que no lo esperaba. (Dando un respingo.) No conviene que me vea, (Llaman otra vez.) pero sí que yo le observe.

- Cef. ¿Abro?
- Per. Espera. ¿Dónde me escondo?
- Cef. ¡Señorito!
- Per. ¡Es necesario! (Con autoridad.)
- Cef. Aquí. Es el cuarto ropero. Usted no diga nada de lo que ha visto. (A Ramona.)
- Ram. Pero, ¿qué es esto? ¿Y esta era la casa tranquila?
- Fed. (Entrando.) ¡Cuánto tardas!... ¡Ah! ¿es usted, Ceferina?
- Cef. Sí, señorito. Estaba enseñando á la nueva chica los quehaceres de la casa...
- Fed. ¿Y Amparo? (Deja el sombrero sobre la mesita volante.)
- Cef. Dijo que volvía en seguida. Fué á comprar unas cosillas, ahí cerca.
- Fed. Gracias, Ceferina, por sus servicios; en la portería preguntaban unas señoras por usted.
- Cef. ¡Ay! muchas gracias, señorito. (A Ramona.) (Yo dejo la puerta abierta y así puede marcharse ese.) (Mutis.)
- Fed. ¿Cómo se llamaba usted?
- Ram. Ramona Pitusa y López.
- Fed. Venga conmigo al despacho y quítele el polvo á la mesa que voy á trabajar. (Mutis primera derecha.)
- Ram. Voy en seguida. Cogeré estos paños. (Cuando ve que se ha marchado Federico, se dirige al cuarto ropero y dice:) ¡Chist! Puede usted salir con cuidado, que la puerta está abierta. Yo la cerraré luego. (Mutis al despacho.)

ESCENA VIII

DON PERFECTO y luego DON ATILANO

- Per. (Después de una pausa, asoma la cabeza Perfecto por el cuarto ropero y sale de su encierro, llevando en la mano una barba postiza.) Ahora otro en mi caso, aprovechando la ocasión, saldría más que á escape. Yo no. Yo soy Perfecto. ¡El más audaz de todos los policías, mucho más que Sherlock Holmes! Yo me quedo. Me quedo.

Tengo que conocer á este señor. Me pongo estas barbas y espero. (Deja su sombrero sobre la mesita volante, detrás del de Federico. Entra en este mismo momento don Atilano por la puerta del foro, que se dejó abierta Ceferina. Don Atilano es un buen hombre en toda la extensión de la palabra, empleado, acaba de salir de la oficina y por encargo de su señora, viene á por informes de la Sabina; es algo tardío al hablar. A la legua se nota que su señora le lleva y le trae.)

Atil.

¿Se puede?

Per.

Adelante.

Atil.

Como estaba la puerta abierta me he permitido entrar. Muy buenos días ó tardes si es que usted comió ya. Yo no. (Estas visitas para pedir informes me molestan extraordinariamente... no tengo carácter para estas cosas.) Mi mujer se ha empeñado en que fuera yo el que viniese... tiene malo un pie...

Per.

Chust. Ah, que rayo de luz... su mujer... es coja... No diga usted más, (Con gran misterio.) lo comprendo todo. (Este es el marido de la amante de don Federico.) Sé á lo que viene usted.

Atil.

¿Sí? (Muy inocentemente.) Ella está mala.

Per.

Puede usted dar gracias á Dios que estoy yo aquí. Don Federico tiene muy mal genio...

Atil.

Bueno. Yo venía por lo de la chica, si no nunca me hubiera...

Per.

¡Ah!... ¿pero hay una chica? Don Federico tiene ya una chica. Esto es más grave de lo que parece...

Atil.

Hombre... no veo... ¿Usted no es don Federico?

Per.

Afortunadamente para usted.

Atil.

(¡Qué misterioso es este señor!) Bien, pues si está la señora, tendrá usted la bondad de avisarla, quería...

Per.

Chist. (Cortándole la palabra y la respiración á ser posible.) Por Dios, calle usted. Estas cosas no deben tratarse con los interesados...

Atil.

¡Ay, ya! ¡Sí! Ya sé que está celosa...

Per.

Por eso... por eso mismo, ¡muy celosa!...

Atil.

Pero ella no tiene la culpa... estoy enterado... ¡pobrecilla!

Per.

Claro, la tiene él. (Este todavía disculpa á

su mujer.) Entonces, ya comprenderá usted, que sobre todo á la señora no se le puede hablar de esa mujer...

Atil. Sí me hago cargo. Pero á mi mujer en cambio no la importa, está segura que yo no me meto en nada.

Per. ¡Caballero!... No era necesario que usted me cuente esos detalles. De todos modos, lo mejor es que usted se vaya inmediatamente, me deja su nombre y dirección y tendré sumo gusto en pasarme por su casa una vez informado de todo.

Atil. Eso es, informes...

Per. A mí déjeme usted hacer...

Atil. Sí, casi es mejor; ya que se molesta que se entienda usted con mi señora. Estas cosas no me gustan. Tome usted mi tarjeta. (Deja el sombrero en la silla que está junto á la mesita y busca una tarjeta, pero no parece ninguna.) Creí que llevaba tarjetas... como me hacen falta tan pocas veces... pero... Atocha, treinta y cinco, tercero, Atilano Reyes á su disposición...

Per. Perfectamente. (Lo apunta en un carnet.) Comprendo... (¡oh, qué idea! No conviene que se vaya... soy un tío con toda la barba... voy á su casa, me traigo á su mujer... y de este modo yo... ¡magnífico!)

Atil. Habla solo... yo me marchó... Usted lo pase bien y muchas gracias por su molestia. (Coge el sombrero de Federico.)

Per. No. Ahora no sale usted de aquí.

Atil. Pero, caballero, esto es un...

Per. Creo que viene gente... pronto, entre usted en ese cuarto.

Atil. Pero yo no...

Per. Y no salga hasta que le llame yo ..

Atil. Pero, ¿esto qué significa?...

Per. ¡Chist... que ya salen! (Le empuja.) Entre usted.

Atil. Pero yo quiero saber...

Per. Luego, luego.

ESCENA IX

PERFECTO, RAMONA y luego FEDERICO

- Ram. ¡Ay!... ¿quién?... (Saliendo segunda izquierda.)
Per. Hace media hora que estoy esperando. La puerta abierta... aquí nadie... ¿Está don Federico?
- Ram. Sí, señor. (Habrá salido ya.)
Per. Dígale que un caballero desea hablarle. (Mutis de Ramona.) Ahora conoceremos á este *Don Juan* y en seguida á la calle de Atocha á cazar á la amante. Perfecto, esto va bien. ¡No he perdido el tiempo!
- Fed. ¿Caballero?
Per. ¿Don Federico? (Mirándole fijamente.)
Fed. Servidor.
Per. Tanto gusto. (No se me despinta.)
Fed. El gusto es mío.
Per. Y mío.
Fed. Siéntese.
Per. ¡Oh, usted primero!
Fed. No, usted.
Per. (No se me despinta.) (Se sienta.)
Fed. Pues, usted dirá.
Per. ¡Ya, nada, digo, sí, vamos!..
Fed. ¿Qué es lo que desea?
Per. Usted es el abogado consultor de la Hispano-Suiza-Portuguesa, ¿verdad?
Fed. Sí, señor.
Per. Pues se trata de un marido que engaña á su mujer. Sencillamente.
Fed. Pero... ¿es un hecho, está probado?
Per. Y tan hecho. Una chica morena. (Este es moreno.) Ya ve usted si está probado..
Fed. ¿Hubo malos tratos?
Per. Hubo de todo. Y diga usted, ¿en qué condiciones se puede entablar el divorcio?
Fed. Fíjese que entabladas negociaciones de divorcio, pierde el marido el derecho mutuo á los cuerpos.
Per. Sí. Siempre pierde el marido, era de esperar.
Fed. Es que en España el divorcio se diferencia

del de otros países en que sólo existe en cuanto al lecho y mutua habitación, no en cuanto al vínculo. Este no desaparece. Por eso hay que andar con pies de plomo.

Per. Sí, don Federico, (Con misterio.) eso digo yo; hay que andar con pies de plomo. Quien mal anda, mal acaba. En este caso la amante es una mujer infame, una..., vamos, no sé cómo decirle... una cualquier cosa, una así como esa... (Por Ramona que habrá entrado á limpiar el polvo.)

Ram. (Se habrá marchado ya.)

Fed. ¡Ah! ¿Cómo esa?... ¿Qué busca usted?

Ram. Nada. Quitaba el polvo.

Fed. Déjalo por ahora. Vete á la cocina... y usted sabe que esta chica es...

Per. Yo lo sé todo.

Fed. Se lo diré á mi mujer. Deme detalles del asunto. ¿Es usted el marido?

Per. No, señor. Soy un amigable componedor, un árbitro voluntario. Y mi opinión es, puesto que el divorcio es cosa difícil, *que esas relaciones no deben continuar ni un solo momento.* ¿Qué opina usted, don Federico?

Fed. Una vez enterado con tranquilidad del asunto, indicaré el procedimiento y la marcha que debe seguirse. El caso es...

Per. El caso es (Con gran misterio.) *exactamente* igual al de usted.

Fed. (Con asombro extraordinario.) ¿Cómo al mío?

Per. Sí, igual. Le he dicho á usted varias veces que lo sé todo. Conozco á ella, conozco á la hija de ella y de usted... esa hija adulterina, nacida del vicio de ella y de usted. Conozco al marido de ella y de usted, digo, de ella. De ella solo, y, en fin, sé todo lo que sucede en la calle de Atocha... (Recalcando mucho.) *lo sé todo...* (Con tono claro, preciso, terminante, rotundo.)

Fed. (Dudando de las facultades mentales del individuo.) Pero.. ¿usted está loco?

Per. No, no, mi buen don Federico, no; el loco es solo usted que deja el amor santo y puro del hogar honrado por el repugnante amor del vecino... No me haga esa cara tan rara, le repito que lo sé todo. Por eso estoy aquí.

- Fed. ¡Estoy asombrado! ¡Caballero! Fíjese bien en lo que habla y terminemos pronto. Si mi mujer le oyera... Sólo faltaba esto.
- Per. ¡Ah! (Con sonrisa «maurina», de Maura.) ¡Ja .. ja!... ve usted la risa del hombre que penetra en el alma y conserva la serenidad. Risa conservadora. (Por eso era la sonrisa maurina.) Tiene usted temor de su esposa. *Excusatio non petita, acusatio manifesta*. Tú te delatas. Quedaste cazado. ¡No puede usted negar nada!
- Fed. ¿Pero qué es lo que dice? ¡Vaya! ¡No puedo tolerar más impertinencias (Se levanta de su asiento.) y menos en mi casa; salga usted de aquí inmediatamente! (Esta frase se presta á una figura arrogante del galán.)
- Per. (Repantigándose en su asiento.) Ya recurre usted al derecho que tiene de expulsarme de su casa para evitar que le diga la verdad. Está bien. Yo venía como ave de paz. Resultaré ave de paso. Pero tiemble usted. ¡Lo sé todo!
- Fed. (Vamos, está rematadamente loco.) (Variando el tono de voz.) Mire usted, caballero, mis ocupaciones no me permiten gastar el tiempo en cosas que no me interesan, y, por lo tanto, le repito nuevamente salga de mi casa, si no quiere que la cuestión tome otro carácter.
- Per. Está bien. ¡Yo le confundiré!
- Fed. Se me está terminando la paciencia.
- Per. (Levantándose.) No, por mí que no se le termine. Estoy en el secreto.
- Fed. Tome su sombrero. (Le da el de don Atilano.)
- Per. Este no es el mío. Debe ser de usted.
- Fed. Perdone, el mío es éste... es decir, no, este no es... tome usted.
- Per. Naturalmente, como que es el mío. Servidor. (Mutis.)
- Fed. (Contemplando el sombrero de don Atilano.) ¿Y este sombrero de quién es? ¿Pero qué berengenal es este? Aquí pasa algo extraordinario que yo no comprendo. Esa Ramona debe conocer á este hombre, puesto que él la conoce. ¿Pero de quién es este sombrero? ¡Ramona! ¡Ramonal!

ESCENA X

FEDERICO y RAMONA

- Ram. (Entrando.) ¿Puedo continuar la limpieza?
Fed. Escucha. (Mirándola con fijeza.)
Ram. ¡Dios mío qué ojos! (¿Le gustaré al señorito?)
Fed. Tengo informes de ti, y antes de formar un juicio de tu persona, necesito que seas amable, contestando á lo que te diga.
Ram. Mi deseo es complacer siempre á los señoritos.
Fed. A los señoritos, ¿eh? Bueno. ¿De quién es este sombrero?
Ram. No sé; como no sea de ese señor, que...
Fed. ¿No conoces ese sombrero? ¿Y ese señor, quién es?
Ram. Tampoco lo sé.
Fed. ¿Entonces qué es lo que tú sabes?
Ram. Nada, señorito.
Fed. (Mirándola de hito en hito.) Conque nada. ¡Tú me engañas!
Ram. Si acabo de llegar ahora...
Fed. Pues á pesar de eso. Tú me engañas... (con absoluta seguridad.)
Ram. Sí, (Dudando.) señorito, yo sé algo que no quería decir, pero usted parece bueno. Ese sombrero debe ser de uno que estaba aquí, en esta habitación, y al llamar usted, la portera le metió en ese cuarto ropero. (Dicho muy despacio y con misterio.)
Fed. ¿Y ese?...
Ram. Está ahí... (Suena el timbre de la puerta.)
Fed. ¡La señorita! No la digas nada: abre.
Atil. (Asomando la cabeza.) ¡Puedo salir... que me asfixio!
Fed. No. Ahora no... (Federico cierra el ropero con la llave que estará puesta en su cerrojo.) No te escapas. Luego nos entenderemos.

ESCENA XI

FEDERICO, RAMONA y AMPARO

- Amp. ¿Hace mucho que vino usted, Ramona?
Ram. Sí, señorita; la portera ya me dijo lo que tenía que hacer, pero estoy á su disposición.
Amp. Bueno; pues venga usted.
Fed. ¡Amparo! ¡Te tengo que hablar!... (Con voz de trueno.)
Amp. ¡Jesús! ¡Hijo! Vaya unos modos... Puede ir á la cocina que ahora voy.
Ram. Está bien. (Mutis foro.)
Amp. ¿Qué quieres? (Amparo se va á quitar el velito que lleva puesto.)
Fed. Muy sencillo. No, no te quites el velo que vas á salir conmigo. Tú te muestras muy celosa siempre, y yo atribuyéndolo al mucho cariño que *creía me tenías*, no te hacía caso; pero hay cosas que no pueden pasar, que son de una gravedad tan grande, que no me caben en la cabeza. Mira esto. (Se pone el sombrero que le viene chico.)
Amp. Ya veo que no es tuyo.
Fed. ¿De quién es esta porquería?
Amp. Yo qué sé.
Fed. Vamos á ver si yo hago que tengas memoria. ¿Quién entra en casa mientras yo estoy fuera?
Amp. ¿Pero tú crees?...
Fed. ¡Que tienes un amante!
Amp. ¡Yo! ¡Jesús, Dios mío! Mira, Federico. Lo que quieres hacer conmigo es una infamia, una canallada; quieres fingirte inocente y hacerme culpable para salir del atolladero en que te metiste...
Fed. Ni quiero salir, ni quiero fingir, ni quiero nada. Lo que sostengo es que si aquí hay alguien culpable, no soy yo. Y que así no podemos continuar...
Amp. Eso quiere decir...
Fed. Que esta situación es insostenible y que ahora mismo te acompañaré á casa de tus padres...

- Amp. Así es que lo que tú deseas...
Fed. Yo no deseo nada.
Amp. Sí. Lo que andabas buscando era una ruptura entre los dos. Después de todo lo esperaba.
Fed. Di, lo deseabas. Espera un momento, puedes arreglar tus cosas. Lo del ropero ya lo sacaré yo. (Mutis al despacho.)

ESCENA XII

AMPARO, RAMONA y después FERNANDO, que ya viene con el máximo de la borrachera. Trae un cuadro viejo de mujer que figura un retrato de medio cuerpo; no es de gran tamaño, pero sí de época (edad Media); le lleva atado de una cuerdecita

- Amp. ¡Miserable!... bien claro está... me engaña... sí me engaña... ¡Ramona! yo no puedo, me flaquean las piernas, me falta valor...
Ram. ¿Qué quiere, señorita? (Se oye un golpazo en la puerta de la escalera.) ¡Jesús, señorita, qué golpe!... (Llaman muy fuerte.)
Amp. Anda, abre. (Así lo hace Ramona y entra Fernando con el completo.) ¿Pero es usted? ¡Y así!
Fer. Sí: yo soy, señorita.
Amp. ¿Y tiene usted el valor de presentarse así?...
Fer. ¡Chissst!... ni una palabra... Aquí lo de menos es la manera de presentarse. Yo soy más serio-colmes que ese pequeñito... ese es un naranjas de la China...
Amp. Esto es imposible. Llama á Ceferina, Ramona.
Ram. Márchese, buen hombre...
Fer. Tú te callas... (Dando un respingo.)
Amp. Pero si Federico se entera...
Fer. ¡Ca!... no se entera... en este momento están juntos.
Amp. ¡Jesús!
Fer. Mi presencia aquí es necesaria; la vida es comer y beber. ¡Vayan ustedes con Dios!
Amp. Sí, váyase, que yo no me ofendo.
Ram. Vamos, hombre, vamos...
Amp. Haga el favor de retirarse, Fernando, que está en casa el señorito...
Fer. ¿El señorito?

Amp. Sí.
Fer. Pues no me voy. ¡Ea! ya está, no me voy.
Su marido es un engañador.

ESCENA XIII

DICHOS y FEDERICO

Fed. (Que habrá oído las últimas frases de Fernando.)
¿Que yo soy un engañador? ¡Explíquese,
Fernando! ¿Qué es esto?

Fer. Ya voy... así me gusta... explíquese, Fer-
nando... eso es... así... muy bien, Ceferina,
no es necesaria... ¿Ve usted, señorita?

Fed. ¿Qué es lo que quiere usted, Fernando?

Fer. Yo soy un hombre de bien... y como sé que
le gustan las pinturas... pues aquí está esto...
no es nada... media señora de la edad Me-
dia... que eso no va á ninguna parte...

Amp. Bueno, Fernando, gracias; su mujer le es-
pera.

Fer. A mí... mi mujer... pues que espere... el
hombre es la figura de la casa... el cabeza
de familia. Por algo es el que firma el pa-
drón.

Fed. Bueno, diga de una vez lo que quiere.

Fer. Me quiero confesar. (Muy compungido.)

Fed. ¡Hombre... ahora no es ocasión!...

Fer. Usted es una víctima.

Amp. Echa á ese hombre, Federico...

Fer. ¡Echa á ese hombre, Federico!... Claro... ese
es el pago que recibe Fernando... por tener
á usted al tanto de donde va el señorito.

Fed. ¿Pero es posible, Amparo, que me pongas
en ridículo, enterando á todo el mundo de
tus celos sin fundamento, siendo solo tú la
culpable?

Fer. Eso... ella es la culpable.

Fed. ¿Cómo, usted sabe?...

Fer. Claro... de sus celos sin fundamento, que es
lo que yo digo... la vida es comer... beber...
vayan ustedes con Dios!...

Fed. Sí, váyase, Fernando...

Fer. Me retiro... eso es... Adiós, señorito... no me
guarde rencor... yo he sido inducido... esto

es terrible... Voy á saludar á doña Ceferina, mi señora... la portera, la vida es así... comer... beber... dormir... ¡Vayan ustedes con Dios!... (Mutis.)

ESCENA XIV

DICHOS menos FERNANDO

- Fed.** Amparo, como ves, por tus fingidos celos das lugar á tales escenas, que serán comentadas por todo el mundo, con perjuicio tuyo, y sobre todo mío. Esto no puede ser. No lo puedo tolerar.
- Amp.** Esas escenas se evitarían si no me engañases ..
- Fed.** ¿Conque te engaño yo? ¿Verdad? Vamos á verlo. Toma esta llave y abre ese cuarto...
- Amp.** ¿Para qué?
- Fed.** Abrelo y tiembla. Ahí dentro está el propietario de este sombrero. Está tu amante.
- Amp.** ¡Mientes! (Con gran decisión, abre.)
- Fed.** Salga usted. ¡Canalla!... (Espectación.)
- Amp.** No sale nadie.
- Ram.** ¿Se habrá muerto?
- Fed.** ¡He dicho que salga usted! (Se oye una débil queja, ó un quejido débil. Hay que hacerse cargo que entre el susto, la obscuridad del cuarto, ropero y la debilidad que tiene don Atilano (porque se recordará que no había comido), el hombre está en las últimas.)
- Atil.** ¡Ayyy!... (Desde dentro.)
- Fed.** ¡Eh!... (Que se dirigía al cuarto, retrocede.)
- Amp.** ¡Federico! ¿qué es eso? (Se acoge á su esposa atemorizada. Federico, enérgico, la rechaza.)
- Fed.** Suelta. ¿Temes que esté agonizando? ¿Te da miedo tu propio crimen?
- Atil.** ¡¡Ayyy!! (Muy hondo y triste gemido.)
- Amp.** ¿Pero quién metió á ese hombre ahí dentro?
- Fed.** ¿Tú lo preguntas?
- Ram.** La portera, delante de mí.
- Fed.** Llama á la portera. Haga usted el favor de salir ó entro .. por usted. (Ramona sale.)
- Amp.** ¡No por Dios... Federico!...

ESCENA XV

DICHOS y DON ATILANO

- Atil.** (Con voz apagada.) ¡Voooyy!... ¡voyyy!... (Aparece don Atilano con los ojos fuera de las órbitas, aplanado y hecho una lástima.) Buenas tardes. ¿Dónde estoy?
- Fed.** Contéstale tú, porque yo no sé si podré contenerme. ¡Y ese... ese es tu amante! ¡Valiente pellejo!... (Don Atilano no puede sostenerse y cae aplanadísimo en cualquier silla ó butaca.)
- Amp.** Federico, te juro que no conozco á este hombre. ¡Debe ser un ladrón!
- Atil.** (Con una cara inexplicable.) Señora... Caballero... ¡por Dios! ni ladrón, ni pellejo. Soy Atilano Reyes, y les aseguro que soy una persona decente...
- Fed.** Entonces, ¿por qué lleva usted un sombrero que no es suyo?
- Atil.** Pues... no lo sé.
- Fed.** ¿Y por qué está usted metido en ese cuarto?
- Atil.** Pues no lo sé. A mí, me metieron.
- Fed.** ¿Quién?
- Atil.** Un señor, que parecía de la casa...
- Fed.** ¿Entonces no fué la portera?
- Atil.** Sería el portero.
- Fed.** ¿El portero?
- Atil.** ¡Digo yo!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y PERFECTO, que trae á DOÑA DEOGRACIAS y SABINA,
luego CEFERINA y RAMONA

- Fed.** (Al verlos entrar.) Oiga usted. ¿Quiere explicarme?... (Doña Deogracias corre al lado de don Atilano.)
- Deo.** Atilano mío... ¿qué es esto?...
- Per.** (Entra con aire vencedor.) Naturalmente. ¿Pues á qué vengo? Ya le dije que le confundiría; quería usted negar su culpa... No es posible negar... ¡Eureka! Aquí traigo las pruebas...

- Atil. Ese... ese me encerró...
Deo. ¿Te encerraron?
Per. Sí, señor, aquí con las pruebas para justificar la veracidad de mis palabras, yo no puedo consentir que se dude de lo que digo.
- Fed. Ceferina... ¿usted encerró en este cuarto á ese hombre? (Por don Atilano.)
Cef. No, señorito. (Entrando.)
Fed. ¿Y á este? (Señalando á Perfecto.)
Cef. No señor.
Per. ¿Ven ustedes? Si en cosa tan sencilla no se entienden, ¿qué de particular tiene que duden de mí? Yo la explicaré. El encerrado fuí yo. (Se quita las barbas.) ¿No es cierto, Ceferina? (Esta sin poderse contener exclama:)
- Cef. ¡El de policía!
Amp. ¡El de la Agencia!
Deo. ¿Pero qué es esto, Atilano?
Atil. ¡Una espuerta de grillos! ¡Una casa de locos!
Fed. ¿De la Agencia?
Per. Particular de policía. Soy como la casa Pathé, sábelo todo. Doña Amparo, puede usted divorciarse cuando guste. Esta señora es la amante de su esposo.
- Atil. (A su mujer.) ¡Cómo! ¿Tú?... ¡Pero tú!
Deo. Eso es falso. Usted miente.
Per. ¡Claro, qué va á decir usted! Pero traigo más pruebas, esta, es aplastante. ¡Don Federico, abraza usted á su hija puesto que todo se sabe ya! (A Amparo.) ¡Ahí tiene usted el producto de sus amores!
- Sab. ¿Yo su hija? ¡Mi padre el señorito!
Atil. ¿Pero la chica es hija del señor?
Per. Pues claro... ¿Usted qué se creía, que era de usted?
- Atil. Mía, no, de ninguna manera.
Per. ¿Pues de quién entonces?
Atil. De cualquiera. Yo qué sé.
Per. ¡Qué desvergüenza! ¿No le importa á usted conocer al padre sabiendo que su mujer es la madre?...

(Esta escena tiene que ser rapidísima y sobre todo don Atilano y Deogracias, tienen que estar en continuo asombro al oír cada una de las frases que á ellos se les dirige. Es un verdadero tiroteo. Sobre todo dominará siempre la voz de Perfecto y Federico.)

- Deo.** ¡Usted es un impostor, un miserable!
- Atil.** ¡Tú la madre de Sabina!...
- Sab.** Mis padres están en el pueblo.
- Atil.** Necesito una explicación.
- Fed.** ¿Pero quiere usted hablar claro de una vez?
- Perf.** ¡Me da lástima este pobre señor!
- Atil.** ¿Cómo pobre señor?
- Perf.** He cumplido mi palabra. Ahí tiene usted á los culpables. Don Atilano, el marido de esta señora, me lo confesó aquí mismo todo. El estaba enterado de los amores de su mujer.
- Atil.** ¿Yo?
- Perf.** Me dijo que sabía que estaba usted celosa y que á él no le importaba... ¿es cierto?
- Atil.** Pero lo decía por la chica.
- Perf.** Y yo por la madre,..
- Fed.** ¡Bueno, bueno! ¿Usted, señora, me conoce, me ha visto alguna vez?...
- Deo.** En mi vida...
- Perf.** ¡Qué van á decir! ¡Qué preparado lo tenían! (¡Qué hipócritas son!)
- Deo.** Y si mi esposo vino hoy á esta casa fué exclusivamente á que le dieran informes de esta chica.
- Fed.** ¡Me vais á volver loco!...
- Amp.** Sí, Federico, yo tengo la culpa de todo; mandé á la Agencia por un empleado para que te siguiese...
- Perf.** Y averiguar sus amores. Ustedes lo niegan. ¡Pero á mí no me la dan!
- Cef.** No: usted ha metido la pata.
- Amp.** Se equivocó y yo me he curado para siempre. ¡Perdón, Federico!
- Fed.** Perdonada, y ustedes perdonen también... y usted puede dar gracias á Dios que no le rompo la cabeza, porque no quiero que esto trascienda...
- Perf.** ¡Claro! ¡Que no trascienda... prefieren *continuar así*... y usted además le pide perdón... ¡Qué tontas son las mujeres, se conforman á todo...
- Fed.** Conque .. (Indicándole la puerta.)
- Perf.** Voy... voy .. La Agencia cumplió su cometido. ¡Cómo está la sociedad! (Mutis.)
- Fed.** ¿Ves qué ridículos son los celos?

Atil. ¿Los tienes tú, Deogracias? (A su mujer.)
Amp. Sí, Federico, tienes razón.

(Al público.)

Miraros en este espejo
todas las que seais celosas,
y puesto que sois hermosas
no arruguéis el entrecejo.
Entre mujer y el marido
nunca las faltas veais
y á ver si nos perdonais
las que hayamos cometido.

TELON

Obras de Filiberto Montaguá

¡Jesús, que malas lenguas!—Sainete lírico, música de los maestros Quisiant y Carbonell.

¡Allí hace falta una mujer! ó ¡lo que hacen 10.000 piastras kurdas!—Zarzuela en un acto, música del maestro Aroca.

Precio: UNA peseta